

Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio

Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea

BLOCK

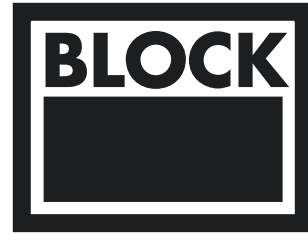
Adrián Gorelik
Silvia Pampinella
Graciela Silvestri
Ana María Rigotti
Luis Müller
Lina Streeuwitz
Jorge Francisco Liernur
Claudia Shmidt
Jorge Tarrago Mingo
Fernando Aliata
Alejandro Crispiani

ARGENTINA 01+

Número 7,
julio de 2006



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA



**Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio**

**Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea**



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Universidad Torcuato Di Tella
Rector: Dr. Juan Pablo Nicolini

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea
Director: Arq. Jorge Francisco Liernur

Consejo consultivo:*

Arq. Jorge Aslan
Arq. Francisco Bullrich
Arq. Jorge Hampton
Arq. Jorge Morini
Arq. Josefina Santos
Arq. Clorindo Testa

Comité ejecutivo:

Arq. Oscar Fuentes
Arq. Pablo Pschepiurca

Block

Director:

Arq. Jorge Francisco Liernur
Universidad Torcuato Di Tella
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Comité de redacción:

Mg. Noemí Adagio
Universidad Nacional de Rosario

Dr. Fernando Aliata
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Anahi Ballent
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Alejandro Crispiani
Pontificia Universidad Católica
de Chile (Santiago)

Arq. Eduardo Gentile
Universidad Nacional de La Plata

Dr. Adrián Gorelik
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Luis Müller
Universidad Nacional del Litoral

Mg. Silvia Pampinella
Universidad Nacional de Rosario

Dra. Ana María Rigotti
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Claudia Shmidt
Universidad Torcuato Di Tella
Universidad de Buenos Aires

Dra. Graciela Silvestri
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

* Enrique Fazio, Raúl Lier, *in memoriam*

Editoras del número 7:

Ana María Rigotti
Claudia Shmidt

Diseño:

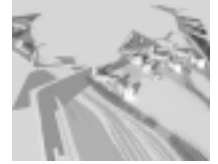
Gustavo Pedroza
Universidad Nacional de Lanús

No está permitida la reproducción parcial o total del material que aquí se publica.

Las opiniones contenidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores.

ISSN: 0329-6288
Propietario
Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77
C1428ATG Buenos Aires
Argentina
Tel. (54 11) 4784 0080, int. 166,
(54 11) 4783 8654 (CEAC)
E-mail: ceac@utdt.edu

Indice



BLOCK, número 7, julio de 2006

	Introducción	4
Ana María Rigotti - Claudia Shmidt	Argentina 01+: ¿qué pasó con la arquitectura?	6
Adrián Gorelik	El romance del espacio público	8
Silvia Pampinella	La ciudad cambió la voz	16
Graciela Silvestri	La lógica de la sensación	24
Ana María Rigotti	Esas raras arquitecturas nuevas	32
Luis Müller	Córdoba x 5: indagaciones	44
Lina Streeruwitz	Proyecto para otra Patagonia	52
Jorge Francisco Liernur	Equívocos porteños: todos somos afts	58
Claudia Shmidt	<i>Sweet home Buenos Aires</i> : la oportunidad de la arquitectura	64
Jorge Tárrago Mingo	Casas-taller anónimas y cartas a Giedion: Wladimiro Acosta	75
Fernando Aliata	Lógicas proyectuales	82
Alejandro Crispiani	El objeto madí o la conquista imaginaria de la ciudad	89

En la tapa:
J. Manuce, Sector
Puerto Norte,
Concurso de ideas,
Rosario, 2004.

Tres temas para pensar la arquitectura de Rosario

«¡Cultura, que esto no es cuadro digno de la Chicago Argentina!»
Mateo Bozz, La ciudad cambió la voz, 1938

Varios *clichés* se articulan para referir a la producción arquitectónica reciente: la Barcelona argentina, el salto después de una extensa acumulación de tradición modernista, la emergencia de algunas experiencias individuales que rompieron esas tradiciones, la inyección fructífera de proyectos importados, un nivel alto en el promedio de la actuación profesional, el éxito del plan estratégico, los efectos de una gestión política que dio prioridad al espacio público... Los logros obtenidos por administraciones de distinto color, aunque no de direcciones contrapuestas, son vistos como una continuidad que cruza los límites de la alternancia electoral. Desde el retorno a la democracia se renovaron y ampliaron los equipos técnicos municipales al integrar nuevos arquitectos por distintos sistemas de evaluación o reconocimiento. La visibilidad y disponibilidad mediática –capaz de constituirse en objeto de las lógicas del *marketing* de ciudades y de ocupar, cada vez más, la atención de los ciudadanos– fue reafirmando el rol de la arquitectura en la gestión municipal. La experiencia se agita como un modelo posible, contrastando con Buenos Aires; y los numerosos objetos que construyeron esta imagen urbana exitosa sirven para mitificar una «identidad» de la arquitectura rosarina.

No intentaré aquí acometer la construcción de un mapa ni una amplia descripción y clasificación de los acontecimientos que efectivamente transformaron la ciudad, sino incursionar en ese complejo territorio a través de unas direcciones del fenómeno disciplinar, sus fortalezas y debilidades. Para ello propongo pensar tres temas: el desafío de los grandes *terrains vagues*, la resuscitación de *lo cívico* a través de la arquitectura y las búsquedas de valor en las obras: tres temas donde la producción de objetos se cruza con conceptos problemáticos.

Piezas urbanas y objetos sobre los vacíos. O el desafío de la vaguedad

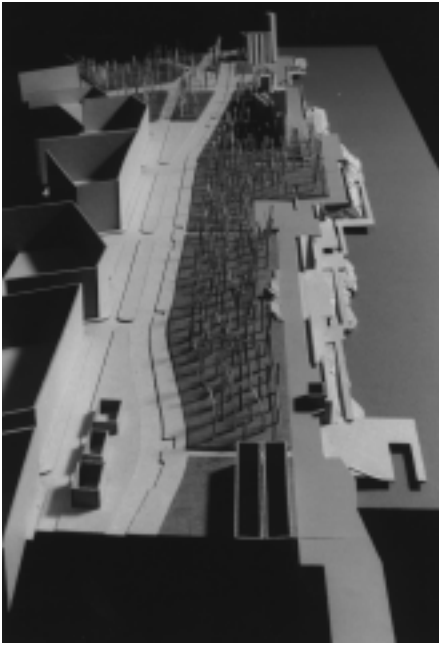
La extensión de una trama regular desplegada sobre la planicie de la pampa (se dice que es la mayor superficie del mundo de cuadrícula sin interrupciones) encuentra un borde en la costa. El plano se quiebra en barranca y la mirada se topa con la inmensidad del río Paraná y la geografía natural de las islas. A la inversa, la

ciudad emerge vista desde el río como artificio cultural, como modificación de la costa transformada en paisaje urbano. Esta es una base material; luego los rastros de una historia vinculada a la economía de la región, los restos arqueológicos de un tiempo que se fue, ofrecían la posibilidad de áreas de reserva, en desuso, factibles de reurbanizar.

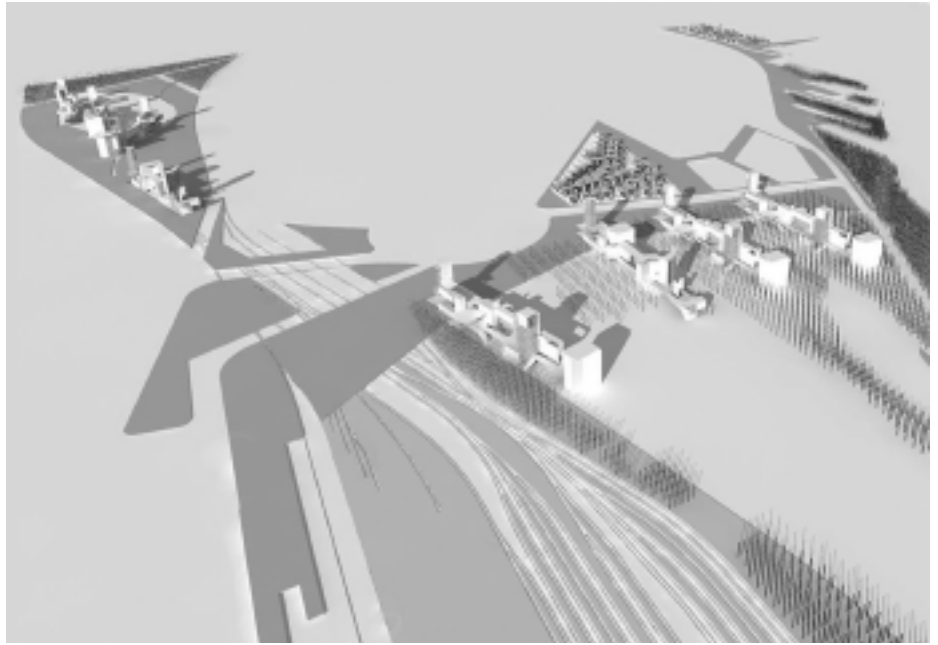
Cuatro proyectos de envergadura apostaron a la caracterización de sectores sobre el río.

El anteproyecto del Parque de España recogió con astucia el potencial de un área céntrica. Introdujo una gran pieza urbana por delante de la barranca, una sólida base que soportaría en los años siguientes la transformación de la fachada superior que Bohigas-Martorell-Mackey pensaron homogénea en altura. En contraste con esa masividad, previeron la estructura etérea de un puente peatonal que se prolongaría sobre el Paraná: símbolo del fluir de la cultura ibérica sobre América (decían). Con ese elemento y la Calle de los Cipreses intentaron atar sutilmente la dirección de la cuadrícula con la nueva pieza. Cada objeto preexistente fue evaluado por su capacidad para potenciar las vistas, no todo subsistía, no todo se demolía; el Paseo de las Palmeras tenía rememoraciones mediterráneas y los recursos pintoresquistas aludían a nuestros parques públicos de principios del siglo XX. Se realizó únicamente la primera etapa: la cabecera de aquel parque que iba a ser lugar de exposición de novedades en convenciones, de consumo y circulación masiva, con modelo en la Feria decimonónica. Más tarde fueron rescatadas construcciones de distinto valor patrimonial y se sumaron sin concierto otras nuevas obstruyendo las vistas.

El concurso de ideas para el Sector Unidad IV –ganado por Marcelo Villafañe, con la colaboración de J. G. Guardatti, V. Peralta, V. Patti y J. M. Rois– preveía la modificación del descampado con la plantación de un bosque e intervenía en la línea costera con distintos niveles de circulación, equipamientos comerciales, servicios y clubes náuticos. Estas ideas enfatizaban una diferencia respecto al aspecto sólido y murario del Colegio Español entre la barranca y los antiguos muelles; en este sector ubicado más al norte se potenciaba el uso de la barranca misma, desarmándola en paseos y terrazas con visiones igualitarias a través de una amplia y continua transparencia de la franja a construir. Nada se hizo, apenas una pequeña isla, aunque extremadamente visible a través



Marcelo Villafañe, Sector Unidad IV, *Concurso de ideas*. Primer premio, Rosario, 1998.



Juan Munuce, Sector Puerto Norte, *Concurso de ideas*. Primer premio, Rosario, 2004.

del color de los silos Davis donde quedó habilitado un museo y se construyó un bar con terrazas incrustado en la barranca. Desechado definitivamente el proyecto urbano, se redujo el encargo a los senderos del parque

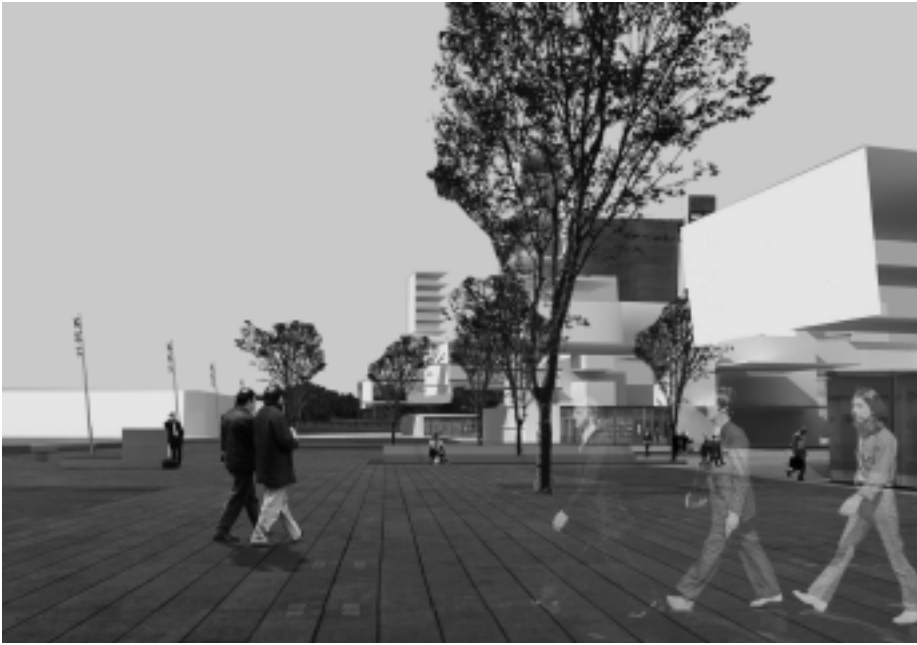
En una escala aún mayor, el concurso de ideas para 80 hectáreas del denominado Puerto Norte (2004) fue ganado por Juan Munuce con la colaboración de R. Hirsh, L. Coll y S. Loyola, quienes propusieron urbanizar este «agujero gigante» trabajando con ciertas lógicas acumuladas en el lugar, privilegiar las actividades públicas y semipúblicas sobre las privadas, producir las conexiones viarias con el entorno, disponer en barras una multiplicidad de funciones y arquitecturas, conservar los silos y construcciones del patrimonio urbano, rediseñar la infraestructura ferroviaria como soporte de un parque e intervenir sobre el frente ribereño con un extenso paseo. El proyecto asume las sugerencias de lo preexistente y la dirección de las marcas históricas visibles e invisibles, no como homenaje al pasado sino como posibilidad igualitaria de las visuales, una apertura que evita formar una barrera edilicia y un modo alternativo respecto a la tradicional producción de ciudad en cuadrícula, acentuando una densidad media a través de islas habitacionales entre jardines con silos abandonados y otras cintas de mayor altura. La propuesta del intendente para instalar el Congreso Nacional en los terrenos

destinados a parque es un ejemplo más de operación mediática, visibilidad escenográfica y arquitectura de firma que da la espalda a una mirada atenta sobre lo urbano.

El Paseo del Caminante, realizado en el Departamento de Proyectos del Plan Director, es una obra lograda. Extendiendo las actividades recreativas de la rambla Cataluña y el balneario La Florida pero, sumando una articulación más rica entre los diferentes elementos, esta nueva pieza recupera 900 metros de frente con una pasarela peatonal sobre el río por delante de la alta barranca para pesca y paseos; el muelle para embarcaciones, las bajadas y el ascensor público, el estacionamiento superior y los servicios inferiores completan una intervención sensible a las posibilidades del sitio y a la oportunidad de los resquicios. Más que revitalizar el sector, lo inventan.

Aún no ejecutada, la transformación de 50 hectáreas sobre terrenos viales en torno al acceso sur requirió de un proyecto que coordina la propuesta productiva del Programa Parque Huerta con conceptos paisajísticos, modificando la imagen adyacente a la franja portuaria.

Son distintos intentos de caracterizar sectores desde el reconocimiento de las tendencias en unas áreas que no sólo estaban vacías de construcción, sino que eran vagas, indefinidas y, por lo tanto, sugerentes.



Juan Manuce, Sector Puerto Norte, *Concurso de ideas*.
Primer premio, Paseo Av. Francia, Rosario, 2004.

El concepto de *terrains vagues* fue emergente del fenómeno de la metrópoli extendida por todo el territorio europeo que requería de imágenes, ideas e intervenciones nuevas respecto a las de la «ciudad clásica». Ignasi de Solà-Morales lo inventó para referirse a aquellas áreas vacías donde los elementos de urbanización tradicional resultaban insuficientes y donde los usos circunstanciales, las trazas de la memoria o las condiciones geográficas podían servir de punto de partida del proyecto. No sólo se trata del rescate de algo híbrido o ambiguo, como propone Saskia Sassen al reutilizar el concepto desde una perspectiva sociológica, sino de un nuevo sentido respecto a la materialidad/inmaterialidad de los fenómenos urbanos. En Rosario, aunque fueron reducidas sus concreciones, el concepto tuvo ocasión de adquirir nuevos matices. Cada proyecto consideró las señales de una geografía y una historia, la vaguedad de tiempos dormidos, la posibilidad de proyectar un futuro desde una mirada sobre las ruinas y sobre las potencialidades de transformación.

Ya no sobre el río, otros proyectos en *terrains vagues* asumen nuevas formas de gestión. Ocupando una gran cuña, en la cuenca del arroyo Ludueña, está prevista una operación público-privada de gran magnitud: un plan maestro con espacios verdes, equipamiento y un sector de vivienda popular por parte del Municipio, en conjunción con las operativas inmobiliarias de barrios privados por parte de los propietarios de grandes parcelas. Otras operaciones sobre áreas de menor escala se realizaron en áreas ferroviarias del interior de la ciudad, por ejemplo: el Patio de la Madera, la conversión de vías del ferrocarril en travesía asfaltada o la construcción del más reciente proyecto para el Parque Hipólito Irigoyen.

Con el despertar de los grandes vacíos se juegan las reservas de la actual extensión de la ciudad, sus posibilidades aletargadas

durante décadas, avistadas por el ojo económico, el político y el planificador. Especulación inmobiliaria, estatización de lo social y proyectos gerenciales. ¿Y la arquitectura? Ha dado muestras de sensibilidad para interpretar las tendencias y dar voz a las tensiones latentes, en estado de vigilia. Pero no se la escuchó plenamente.

De hecho, la mayor parte de los parques inaugurados en los últimos años sobre la costa consisten en aperturas de continuidad vial y un equipamiento mínimo, que proveen áreas verdes abiertas al público, democratización del uso y acceso a las visuales sobre el paisaje. No es poco. A pesar de las incoherencias y el abandono de proyectos, la ribera es la parte más interesante de la ciudad. Allí se disputan las concesiones para equipamientos comerciales y los permisos para torres, ocurren gran parte de los acontecimientos culturales y los habitantes circulan, consumen, pescan o simplemente pasean. Los consejos turísticos sugieren a quienes viajan desde Buenos Aires desviarse en Zárate y llegar por el puente desde Victoria para tener el mejor panorama. Sobre la «ignorancia» de la otra cara —la de una pobreza extrema en permanente crecimiento sobre los bordes de la autopista—, la costa conforma la fachada de privilegio.

Los objetos destinados a lo cívico. O sus escenografías

Bajo la consigna de un municipio eficiente y participativo lanzada en 1995, los edificios de la descentralización municipal, como en otras ciudades, son lugares destinados a fomentar la inclusión institucional y el consenso de la sociedad en su conjunto. Paralelamente, la intervención sobre el conjunto monumental con la

apertura del Pasaje Juramento puso en primer plano los valores simbólicos del área cívica, conformada históricamente sobre el lugar de nacimiento del poblado en un encuentro de caminos sobre el borde del Paraná.

Si bien los espacios de lo cívico pueden posibilitar procesos de educación y participación de actores no formales, generar espacios de confluencia o copresencia, y el uso puede trastocar sus simbologías primarias (el Monumento a la Bandera es un ejemplo de estas apropiaciones eventuales), es indudable que su destino es la consolidación del consenso. Lo cívico constituye una particularidad de la categoría conflictiva de espacio público, la cual fue instalada como tema cultural en el debate de los años ochenta y, paralelamente, provocó la búsqueda de modelos a aplicar por parte de los arquitectos para responder a las demandas de la gestión política. En ese clima de incertidumbres, parecería que la arquitectura se debate entre dos alternativas: continuar recurriendo a modelos reductivos o asumir la dificultad de extraer del conflicto, del «declive» irreversible del espacio público, algún lineamiento no apaciguador.

Alejandro Beltramone, Marcelo Ponzellini y Mariano Costa, ganadores del concurso para completar el Conjunto Cívico-Monumental, lograron concertar las escalas de las diferentes partes. La debatida axialidad de la propuesta organizada como un camino-puente atraviesa entre los dos edificios de la jerarquía política y eclesiástica, oculta el contraste público-privado del pabellón enterrado en la barranca –amurallado hacia el exterior, translúcido hacia los patios interiores–, cruza sobre el circuito transversal y sobre los espejos de agua aterrazados, llega a una plaza que da ingreso por los propileos al Monumento a la Bandera y acentúa el modelo de agora de Guido y Bustillo.

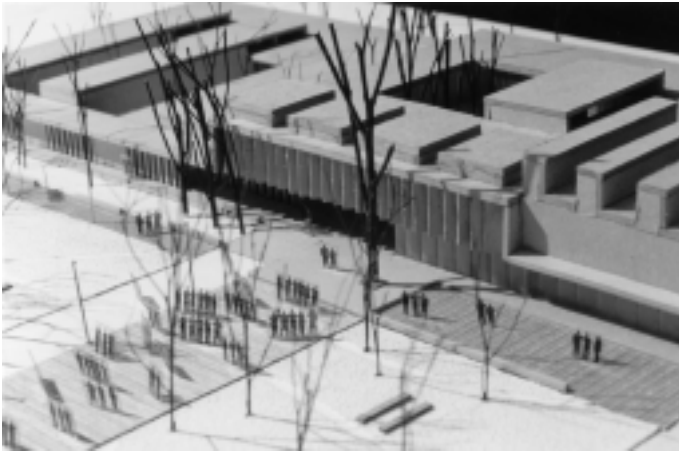
La agregación de estos fragmentos, fracturas y uniones cosidas hábilmente no aporta –como dicen sus autores– a la representación de ningún paradigma de nuestra civilización ni a redefiniciones del espacio público. Escenifica restos arqueológicos, organiza recorridos, propone puntos privilegiados a la mirada, pacifica tensiones entre la diversidad de modelos de piezas y espacios urbanos. En los hechos, el núcleo del proyecto centra su campo en las propias realidades físicas –reflejos, texturas y colores– como una contribución a la honestidad a través de la materia y la obviedad, aunque no siempre directa. Esa es su virtud. Y luego el uso recrea las posibilidades de este espacio urbano: a veces como acceso ceremonial privilegiado, otras como mirador sobre el paisaje fluvial y urbano, diariamente como lugares de remanso, como circuitos de atravesamientos masivos en los paseos domingueros...

Para los Centros de Distrito, la formación de ciudadanía –en términos de participación comunitaria, recreación compartida

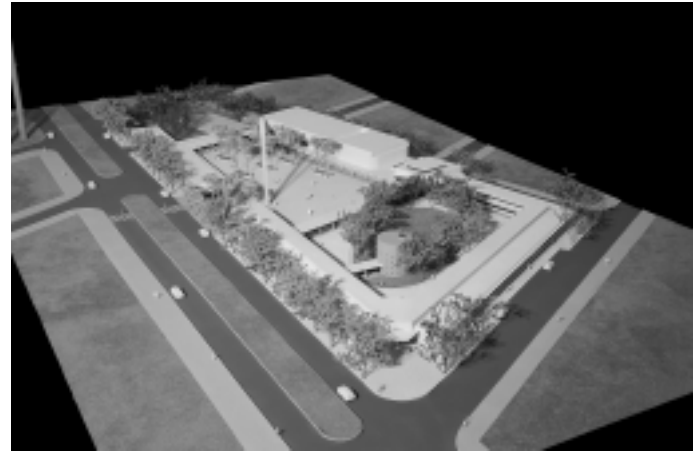
socialmente, legalización de los lazos de familia, prevención sanitaria, trámites oficiales y pago de tasas e impuestos– estuvo planteada desde el requerimiento de una materialización austera, armonía y proporción respecto al entorno. Para su resolución se usaron distintos mecanismos: contratación de jóvenes arquitectos, encargo a personajes de firma y, más recientemente, concurso de anteproyectos ganado por jóvenes rosarinos. Los proyectos fueron las refuncionalizaciones de dos edificios construidos durante el período de progreso y expansión urbana, y cuatro edificios nuevos. Las rehabilitaciones explotaron la concentración de capital simbólico en lo antiguo, la gestión política apostó a alcanzar «calidad» a través de la recurrencia a arquitecturas de firma, las elecciones tipológicas se acercaron al género escolar, la idea misma de distrito se articuló como rescate de lo comunitario en un retorno a las viejas actividades barriales, pero ya no desde las comisiones de fomento o desde las bibliotecas populares como lugares de resistencia, sino desde los programas impulsados por el poder central.

En el Distrito Norte se apostó a la obtención de una imagen mediante la adaptación del palacio Puccio, conocido como Villa Hortensia. Maite Alberdi, Paola Gallino y Patricia Real hicieron una restauración exhaustiva sobre el edificio privado de mayor valor arquitectónico construido a fines del siglo XIX (probablemente un proyecto del inglés John Henry Curry) que dio impulso al pueblo de Alberdi y al área de sus plazas, tanto entonces como hoy. Supieron coordinar la inclusión de nuevas funciones con un concepto sutil de intervención material y, también, permitir resonar el pasado en un recorrido público que culmina en el mirador (de Puccio) sobre la lejanía. Para el Distrito Centro el colombiano Laureano Forero, asociado a Luis Grossman, refuncionalizó un extenso edificio de oficinas de la estación Rosario Central –donde la torre, única pieza con valor patrimonial, es punto de fuga de una importante avenida– en una operación controversial tanto en la decisión como en el resultado.

En el Oeste, en una situación socialmente conflictiva y formalmente desarticulada, Mario Corea introdujo un objeto urbano de forma dura, seca, sintética, protegido a la vez que abierto mediante su plaza y mirador. En el Sur, el encargo a Alvaro Siza colocó una pieza refinada y de una escala acorde al entorno; la apertura del patio cívico, el uso sutil de la luz natural y la expresión de los materiales tanto del edificio como del equipamiento responden a las expectativas despertadas por la trayectoria del arquitecto portugués; pero no a algunas condiciones climáticas, de mantenimiento o de nuestro funcionamiento burocrático. Por otra parte, el solar que le indicaron para el proyecto cerraba las posibilidades de extender una avenida de comunicación hacia el



E. Bechis, S. Bechis, M. Grivarello y J. Novello,
Centro Municipal Distrito Noroeste,
Concurso a dos vueltas, Rosario, 2001. Primer premio.



César Pelli & Associates Canada Corporation,
Centro Municipal Distrito Sudoeste, Rosario, 2005.
Foto: Faure-Malamud-Riveira.

sur y de pensar la urbanización de los terrenos linderos como una operación de mayor densidad urbanística; la supresión de los árboles sobre el frente privó a la obra de valores de integración que habían sido considerados. En el Noroeste, mediante concurso ganado por Sebastián Bechis, Esteban Bechis, Mauro Grivarello y Julieta Novello, se adoptó un partido en peine, sensible a las condiciones del entorno de la vegetación y se apostó a la concentración de lo edificado, en contraste con la plaza cívica/atrio de ingreso; se consideraron valores ambientales y de economía. La propuesta para el Sudoeste de César Pelli, con proyecto ejecutivo de Faure-Malamud-Riveira, se ubica en el predio donde funcionó la planta de Acindar; materializará el perímetro de la manzana y el acento de la horizontal organizando el conjunto en claustros, en torno a tres patios: jardín, plaza cívica y área recreativa; la «capilla» del registro civil estará instalada escenográficamente sobre un espejo de agua; un obelisco dialogará con las tres chimeneas que subsisten fuera del predio.

En estos casos, los terrenos amplios permitieron optar por partidos en torno a espacios abiertos: volúmenes netos sobre una gran explanada, articulación de un «abrazo» sobre la plaza interior, una apretada trama, manzana con patios: mayoritariamente, son esquemas cercanos a los escolares, vinculados a propósitos educativos. Arquitecturas sobrias y amables, insertas en el espacio urbano sobre la idea de rescatar algunas virtudes de la ciudad clásica como la manzana, el monumento, la plaza cerrada: ideas que funcionan como fetiche para los arquitectos y para la sociedad. Intervenciones fundadas en el retorno a las ideas de lugar y comunidad que, dada su imposibilidad, sólo pueden ser construidas como escenografías. El Distrito Oeste se erige, en cambio, sobre la tensión entre cierta rudeza de volumetrías sustantivas, lo desolado que nos recuerda a De Chirico y la plaza arbolada

enfrente, en suma: un lugar que no tranquiliza. Pero el modelo barcelonés de las plazas secas y la arquitectura del minimal se resquebrajó en sus resultados por la escasa atención a las diferencias en las condiciones técnicas de los materiales como el bloque de cemento o los problemas de seguridad. A pesar de todo y aunque los habitantes de la cercana villa de emergencia la llaman «cajas de zapatos», quizá debido a su inserción en esa parte de la ciudad, la obra dice su palabra respecto al declive de lo cívico desde otro lugar, cuando le da la espalda a la idea retrógrada de una identidad entre lugar y comunidad.

La producción de las obras. O las búsquedas de valor

En una situación intelectual en la que no hay sistemas generales, ni de valores ni de principios y cuando, a la hora de razonar las propias propuestas arquitectónicas, las intenciones no siempre van acompañadas de razones, el fenómeno de Rosario emerge por una insistencia tenaz sobre algunos aspectos de la disciplina.

Si hay ocasión para hablar de un fenómeno particular es la proporción inusual de arquitectos preocupados por los valores de la arquitectura. Las respuestas a reclamos de «¿cultura!» con el que comenzaban estas reflexiones están presentes en las últimas dos décadas en las actividades del Colegio de Arquitectos a través de exposiciones, ciclos de charlas y conferencias; en la enseñanza de la Facultad de Arquitectura y en el mismo plan de estudios; en la formación de grupos de debate que motorizan actividades culturales. Más recientemente, las obras producidas ponen a la llamada Escuela de Rosario en los suplementos de arquitectura y en

las publicaciones especializadas. Inversamente al intento de certificar la existencia de «una» escuela, compruebo al menos dos direcciones fuertes en las actitudes proyectuales que corresponden a modos distintos de afrontar hoy la relación entre el sujeto y el mundo: quienes se aferran a la libertad del sujeto y quienes intentan un máximo control sobre el objeto.

Las nuevas camadas, más que maestros, encuentran referentes en las generaciones anteriores. En los años setenta, la experimentación formal de Pantarotto a partir del brutalismo, la estética de los materiales y la luz de Scrimaglio, los concursos de hospitales de Marchetti y Estudio H, o la «arquitectura de sistemas» incorporada por Corea a la enseñanza. Más atrás, en la mejor producción de los años cincuenta, también hubo dos líneas: la que seguía la incursión lecorbusierana en la subjetividad y la que enfatizaba la objetualidad y la condensación máxima de los medios expresivos. Esas tradiciones de lo moderno local enriquecen, pero no explican, las posiciones actuales.

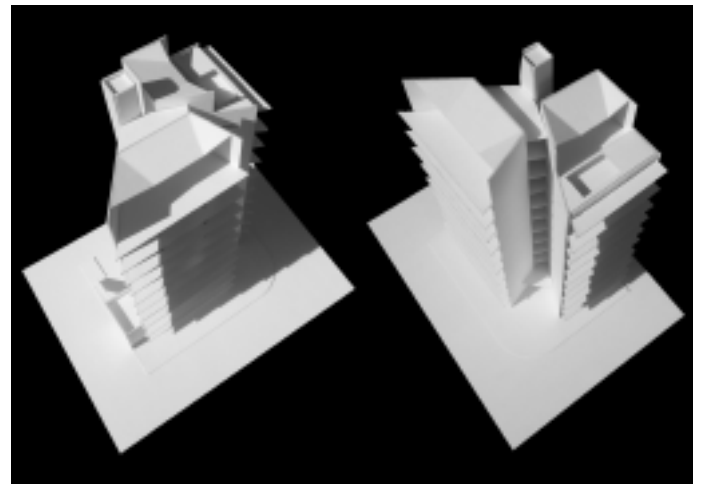
El Congreso Arquitectura y Pensamiento, lugar fundamental en la consolidación del Grupo R, fue un impulso para las vinculaciones entre lo que algunos llaman el pensamiento débil y la disciplina. Detrás de la expresión usada por Gianni Vattimo y puesta en circulación en los ochenta, había una idea acerca de la estética de la cultura contemporánea que daba un valor paradigmático a las experiencias de lo artístico, aun desde una posición periférica, para la construcción *débil* de lo real; experiencias heterogéneas, fragmentarias, marginales, que recondujeron las indagaciones a escoger sus puntos de partida desde situaciones tangenciales.

Unas palabras de Goethe pueden expresar el centro de una búsqueda como la de Gerardo Caballero, aun desde sus periféricas obras iniciales. «No es necesario que lo verdadero tome siempre cuerpo, es suficiente con que aletee alrededor, como un espíritu y que provoque una suerte de acorde, como cuando el tañido de una campana suena amistosamente y nos aporta un poco de paz.» La subjetividad encuentra otra expresión desde el acontecimiento, pero también desde la autobiografía, desde el individuo como centro de iniciativa para recrear las estructuras como valor de ruptura, con Rafael Iglesia. Soria y Munuce, partiendo de la subjetividad buscan sustraer y hacer perder peso a la materia en ejercicios de alta densidad de pensamiento que se resuelven en apariencias simples e interiores ambiguos.

En esta dirección están los proyectos del Paseo del Caminante, el Parque Urquiza, el Parque Hipólito Irigoyen, la Granja de la Infancia, el Jardín de los Niños, el pabellón en el Parque de Diversiones y los baños del Parque Independencia. Entre las obras privadas, diversos objetos inquietantes, no por extraños o extranjeros en el territorio de lo urbano, sino porque esconden los artificios con los que fueron pensados como despliegues de intui-



Gerardo Caballero,
Edificio en altura,
Rosario, 2005.



ción y poesía. Entre los edificios altos, Iglesia violenta en su Altamira los preconceptos visuales respecto a la tectónica, el encasillamiento de las demandas de la especulación inmobiliaria y las convenciones del gusto para el programa de propiedad horizontal. El «ideograma» que, desde la planta, Caballero levanta en altura, intenta capturar las sugerencias del sitio, ahora con una contundencia matérica de fuerte contraste entre la envolvente sólida y los planos vidriados y en una actualización de la máquina fotográfica lecorbusierana, donde cada departamento es una «caja» que enfoca la visión.

La otra dirección se alimenta de intentos de belleza, orden y verdad que resultan de una ficción. Sin superficialidad, expresan la profunda desazón de un tiempo, el intento de refugiarse en el orden responde a las mismas condiciones en las que otros se refugiaban en el sujeto. Renuentes respecto a cualquier fragmentación



A. Beltramone, M. Ponzellini, M. Costa y M. Valenzuela, Cuatro casas, Rosario, 2003.

que exprese lo inacabado, persiguen la tarea inalcanzable de la integración y la síntesis, y logran la apariencia de algo estático e inamovible, aunque lo frágil se cuele a veces en la lógica predominante. Intentan controlar los límites para jugar con una espacialidad interior contenida; parten de la materia con que construyen sus objetos, consistente, sólida, que exprime las posibilidades de la técnica artesanal. Ciertos valores como el equilibrio y la proporción, el ritmo y la medida, asentados sobre la experiencia y el análisis debido a la pérdida de leyes a seguir, conforman la base sobre la cual el objeto se vuelve autorreferencial. En la arquitectura pública, el ya mencionado Pasaje Juramento, la guardia del hospital de Niños, los Centros de Atención Primaria. En concursos, la Caja de Abogados de Osvaldo Redondo –con la colaboración de Lluch, Stoddart y J. Viarengo. Entre las casas, las que encuentran su expresión desde un modo de pensar la geometría, los materiales y la luz articulados, no por el gesto, sino por el análisis y una atención especial sobre la materialidad.

El señalamiento de estas dos direcciones no pretende clasificar ni pretende abarcar todas las experiencias, no ignora acentos diferentes o casos donde las direcciones se cruzan. Por ejemplo, entre los programas de lo público, los grandes edificios de la salud –el Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias y el nuevo Hospital de Emergencias Dr. Clemente Alvarez– exponen dos sentidos de marcha sobre resultados de apariencias inicialmente cercanas. En el CEMA se diseñó una imagen estética de objeto acabado, de equilibrio entre los contrastes (de fachadas, de materiales) y la homogeneización (de color, o mejor: no color), las repeticiones y las particularidades, la norma y la excepción, aún partiendo de una gran estructura regular preexistente. En el HECA se pensó el edificio en sí como un sistema flexible; organiza los subsistemas y servicios como un conjunto racional de leyes

del proyecto mismo, con previsión del crecimiento y la flexibilidad para el futuro y bajos costos de mantenimiento, desde una regulación que controla el conjunto desde la modulación a rajatabla y que, desde allí, alcanza su expresión formal monumentalizando el *casi nada*.

La actual producción arquitectónica rosarina busca valores en el camino mismo del proyecto, centrándose sobre el sentido de una relación que incluye dos términos: en un sentido, se parte de la *poiesis* para resolver la *tecné*; en el otro sentido, de la *tecné* para buscar la *poiesis*. La preocupación acerca de los modos de esa relación tiene emergencia en dos ámbitos: el de la enseñanza y el de la práctica profesional.

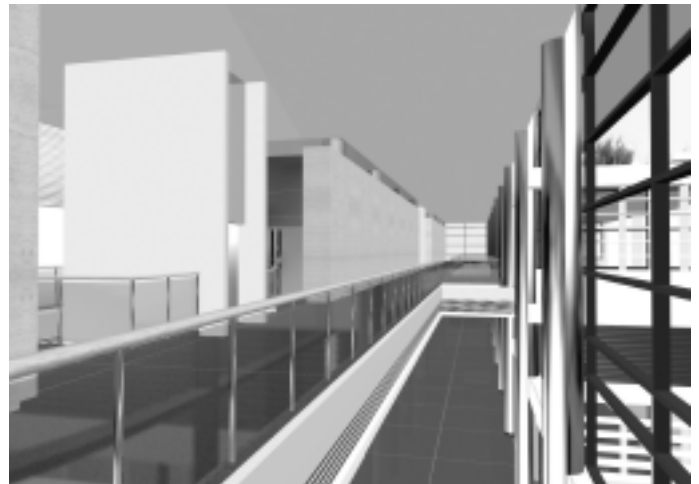
La crisis del *parti* moderno y la influencia de la *tendenza* italiana introdujeron el viejo arsenal de la Composición en el plan de estudios (1985), pero fue un libreto permanentemente traicionado por la tensión entre forzamiento de viejas categorías, referentes actualísimos y ámbitos de libertad. En ese clima, la Composición puso en el centro de atención la identificación de categorías, unidades y posibilidades de articulación; y como no había reglas, sistemas generales ni principios a los cuales aferrarse, se miraron atentamente los caminos, los procedimientos. Una batería de ejercicios comprometidos con la idea de proyectar la ciudad por partes revalorizaron, entre otras cosas, la monotonía, la repetitividad que se configura luego como éxtasis, algunos artefactos de rarefacta simplicidad, el minimalismo lingüístico de pacificada modernidad, el diseño de la vida como el de un jardín que no se deja asilvestrar. Apareció también la sublevación contra esa tendencia mayoritaria en explosiones de creatividad, exploraciones deconstructivistas, olvido o alteraciones de la constructibilidad, combinación de nihilismo y azar desde la manipulación de

la materia. La formación de posgrado en el exterior constituye otra variable que incide también sobre la producción local. Pero lo central es que, con la universidad masiva, el mercado dispone de muchos nuevos arquitectos y una proporción de ellos con una formación muy buena.

El ejercicio profesional, con la agudización de la tendencia a su desaparición como actividad liberal, se volvió para muchos una actividad asalariada o contratada en las oficinas técnicas, de lo cual resultaron ahorros abultadísimos de honorarios y tiempos de proyecto holgados gracias al costo comparativamente bajo de la «mano de obra». Por otra parte, ante la escasez de demandas resultante de la crisis, cuando se produjeron muchas de las obras privadas que se publicarían, algunos arquitectos se encerraron a buscar la perfección, aún a contramano de la escasa oferta de técnicas y materiales nuevos. Entonces, ¿qué posibilitaba la calidad? El tiempo de trabajo destinado a cada obra: una exquisita artesanía en el control del proyecto y la ejecución de cada detalle, desde una práctica de pequeñas oficinas. En este empeño se alejaron de muchas realidades, concentrados en unos temas disciplinares reductivos. Es probable que esta situación de resistencia exquisita no pueda mantenerse por demasiado tiempo. De allí que la tarea de asumir los aspectos positivos y tomar conciencia de las debilidades sea fundamental.

La «Escuela de Rosario» es presentada como algo diferente y novedoso a través de resultados –una selección de obras + unos autores + una gestión del espacio público–, pero no es el congelamiento que producen las consagraciones lo que puede aportar a desarmar las experiencias en preguntas y desafíos para seguir avanzando.

El cambio de la ciudad en las últimas dos décadas, en tiempos de democracia, ya tiene su voz en el campo de la cultura. A diferencia del diálogo de 1905 en la novela de Mateo Bozz, no hay ocasión de reclamo en ese sentido. Sin embargo, hay ocasión para reclamar una ruptura respecto a cierto reduccionismo estético en que la disciplina se ha encerrado, un cambio respecto a la ajenidad con la que se observan, de lejos, los problemas sociales, técnicos y culturales a los que aún les faltan respuestas.



Mario Corea, Hospital de Emergencias Dr. Clemente Alvarez, Municipalidad de Rosario, 2001-06.

La Universidad Torcuato Di Tella es una institución sin fines de lucro fundada en Buenos Aires en 1991, por el Instituto y la Fundación Torcuato Di Tella. Con la misión de formar a las nuevas generaciones de dirigentes empresariales, académicos, sociales y políticos, se ha constituido en un ámbito de enseñanza e investigación básica y aplicada, partiendo del pluralismo de ideas, la excelencia académica y la igualdad de oportunidades. En la actualidad dicta 6 carreras de grado (a partir de 2007, lanza la nueva carrera de Arquitectura) y 22 programas de posgrado, conformando una comunidad académica vibrante al servicio de la sociedad, a través del fomento de los valores humanos, la provocación intelectual, la internacionalidad y la rigurosidad académica.

Arquitectura en Di Tella

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea

El Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea (CEAC) es una unidad académica de la Universidad Torcuato Di Tella concebida para estimular, renovar y transmitir el conocimiento de las teorías y las prácticas de la arquitectura y los estudios urbanos. Es un organismo flexible, dinámico y abierto que procura captar los acelerados cambios de la época, a la vez que reflexionar sobre los valores que permiten decidir acerca de su conveniencia, y promover acciones académicas que contribuyan a mejorar los espacios públicos y privados en el país. Desde 1996, el CEAC realiza actividades de forma permanente en las que han participado 160 profesores invitados provenientes de Asia, Estados Unidos, Europa, Latinoamérica y Oceanía.

Carrera de Arquitectura

Título: Arquitecto.

Duración: 5 años.

Dedicación: Tiempo completo.

Opciones: Campos menores.

Perfil del graduado: estará preparado para desplegar sus mejores aptitudes individuales en cualquiera de las formas del ejercicio profesional: independiente, en empresas vinculadas a la edificación, en los diferentes organismos del Estado o en el sistema de investigación. El elevado nivel académico de la Universidad, el constante intercambio con el conjunto de sus alumnos y de sus profesores *full time* y sus programas de posgrado le permitirán completar su formación y encauzar su carrera en variadas especializaciones, garantizándole los medios para un proceso de permanente actualización.

Posgrados

Programa de Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*.

Duración: 2 años.

Programa de Arquitectura y Tecnologías.

Duración: 1 año.

Programa de Arquitectura del Paisaje.

Duración: 1 año.

Programa de Preservación y Conservación del Patrimonio.

Duración: 1 semestre.

Maestría en Economía Urbana.

Duración: 2 años.

* Maestría en trámite. Expediente n° 8110/04 del Ministerio de Educación.

Departamento de Admisiones

Tel.: (54 11) 4784 0088/0553

Desde el Interior: 0800 777 8838 (UTDT)

E-mail: admisiones@utdt.edu

www.utdt.edu

Universidad Torcuato Di Tella.

Autorización Provisoria por Resolución Ministerial n° 841/91 del Ministerio de Educación.

Las imágenes de los distintos proyectos
y obras de este número fueron suministrados
por los respectivos arquitectos y estudios.

Cantidad de ejemplares: 500
Tipografía: Garamond Stempel y Futura
Interior: papel obra de 120 g
Tapas: cartulina ecológica de 220 g

Preimpresión: NF producciones gráficas
Impresión: Instituto Salesiano de Artes Gráficas

Registro de la propiedad intelectual n° 910.348
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723